

BLAS DE LEZO, UN HÉROE OLVIDADO

En Londres hay una calle, llamada Portobello Road, que pocos turistas dejan de visitar. Allí, durante toda la semana pero especialmente los sábados, hay infinidad de puestos donde se puede comprar desde ropa de segunda mano, hasta antigüedades, joyas y artículos de fiesta. Esa calle toma su nombre del saqueo y destrucción de Portobelo (en el actual Panamá) a manos de la escuadra del almirante Vernon, en 1739. En cambio, no hay ninguna vía pública en Madrid que conmemore la humillante derrota que sufrió ese mismo almirante, dos años más tarde y al frente de una de las mayores armadas que jamás hayan surcado los mares, ante los muros de Cartagena de Indias.

Al frente de las defensas de la ciudad, y las desproporcionadamente escasas fuerzas que la guardaban, se encontraba un marino de leyenda, el guipuzcoano Blas de Lezo y Olavarrieta (1689-1741). Ya por entonces, había perdido una pierna y un ojo y tenía un brazo inutilizado (era conocido, tanto por sus hombres como por sus adversarios, como “Patapalo” o “Mediohombre”, lo cual, al parecer, no acababa de gustarle), y lucía un currículo impresionante: en 1710, al mando de una simple fragata, había rendido a once buques ingleses, entre ellos el poderoso *Stanhope*, orgullo de la Royal Navy; en 1730 había conseguido, bajo amenaza de bombardeo, que la República de Génova devolviera a España dos millones de pesos de los que se había apropiado indebidamente; había participado en la conquista de Orán, aniquilando a las escuadras berberiscas y arrasando a sangre y fuego sus bases; y había limpiado de corsarios las costas de los actuales Perú y Chile. Pero, en marzo de 1741, cuando la selva flotante de Vernon fondeó delante de las islas que protegían la bahía de Cartagena, de poco parecían valer el prestigio y la aureola del almirante Patapalo.

El conflicto entre ambas potencias había tenido, dos años atrás, un pretexto más bien absurdo. Un contrabandista inglés, de nombre Jenkins, había perdido una oreja tras ser arrestado por un guardacostas, cuyo capitán había amenazado con hacer lo mismo a Jorge II como osara aproximarse por esas aguas. Y la opinión pública británica, convenientemente espoleada por la prensa, había empujado al gobierno de Walpole a declarar la guerra a España. Y a Vernon, convertido en un héroe nacional tras su éxito en Portobelo, se le había encomendado la misión de dar un golpe de muerte al dominio español en América.

Ciento ochenta y seis barcos, entre navíos, fragatas, brulotes y embarcaciones de transporte. Sesenta más de los que formaban la

Armada Invencible de Felipe II. Dos mil cañones. Casi treinta mil combatientes: soldados, marinos, esclavos negros armados con machetes, y reclutas de Virginia comandados por Lawrence Washington, hermano del futuro presidente de Estados Unidos. Frente a ellos, tres mil soldados y milicianos, seiscientos indios flecheros y la dotación de los seis únicos buques que defienden la ciudad. El almirante Vernon, envalentonado, manda un desafío a Blas de Lezo, al que este da esta respuesta: *«Si hubiera estado yo en Portobelo, no hubiera su Merced insultado impunemente las plazas del Rey mi Señor, porque el ánimo que faltó a los de Portobelo me hubiera sobrado para contener su cobardía»*. Pronto los hechos demostrarán que no es una bravata.

Y da comienzo la batalla. Tras el desembarco de una avanzadilla, la escuadra inglesa cañonea, durante dieciséis días ininterrumpidos, el castillo de San Luis de Bocachica. La guarnición es escasa, tan sólo quinientos hombre comandados por el coronel des Naux. Blas de Lezo intenta socorrerlos con los cañones de cuatro barcos, pero el infierno de pólvora y plomo que Vernon desencadena sobre la fortaleza hace que los defensores finalmente tengan que retroceder.

Los españoles hunden sus seis veleros, buscando bloquear los dos canales, Bocagrande y Bocachica, que dan entrada a la bahía de Cartagena, pero lo único que consiguen es retrasar el avance inglés. Los invasores desembarcan la totalidad de sus efectivos, y la nave almirante entra en la bahía con las velas desplegadas. Sólo queda resistencia en el castillo de San Felipe, y no parece que vaya a servir de mucho. Vernon, seguro de su victoria, manda un correo a Inglaterra anunciándola. En Londres llegarán a acuñar monedas conmemorativas, con de Lezo (milagrosamente entero) hincando la rodilla ante el almirante inglés.

Pero, aún sediento, cansado y malherido, al oso todavía le quedan fuerzas para desventrar a quien intente vender su piel. Al furioso bombardeo que ahora arrecia sobre San Felipe, Patapalo opone una tenaz resistencia, aderezada con unos toques de genio: un foso en torno al castillo que ha hecho excavar, y que hace que las escalas de los asaltantes no alcancen las almenas; una trinchera en zig-zag, también fruto de sus órdenes, que evita que los cañones enemigos se puedan acercar; y dos supuestos desertores, que suministran informaciones falsas a los confiados atacantes.

Y, cuando finalmente llega la embestida, los ingleses caen en la trampa: su avance se frena en seco ante los muros del castillo, y no pueden hacer otra cosa que mirar con cara de pasmo mientras son acribillados. Y, tras una noche dantesca, al alba observan atónitos cómo los escasos defensores, lejos de mostrar un solo signo de debilidad, incluso se atreven a cargar contra ellos. La visión de las bayonetas y los gritos de furor que las acompañan son demasiado para las ayer orgullosas huestes de Vernon, que huyen despavoridas, dejando atrás un sinnúmero de muertos, heridos y prisioneros.

El almirante inglés, incapaz de reaccionar ante una derrota con la que no contaba, mantiene a su escuadra inútilmente cañoneando la

ciudad, durante treinta largos días. Pero, a la mortandad provocada por el enemigo se unen ahora la peste y el escorbuto. Pronto la bahía se puebla de cadáveres flotantes, hasta el punto de que los ingleses se verán obligados a incendiar cinco barcos por falta de tripulación.

Finalmente, Vernon tiene que ordenar la retirada, y lo que queda de su invencible armada vuelve a sus bases de Jamaica. Jorge II, fuera de sí por la ira, ordenará que no se mencione la catástrofe en los anales, y los historiadores ingleses lo secundarán como un solo hombre. Y los españoles poco harán para remediarlo.

Poco después de salvar a un imperio, fallece Blas de Lezo en un hospital de Cartagena, víctima de una enfermedad contraída durante su hazaña. Pasa sus últimos días prácticamente solo, y pocos acuden a su sepelio, por miedo a las represalias del virrey Eslava, con quien Patapalo había tenido gran cantidad de desavenencias durante el asedio. Es enterrado en una tumba anónima, cuya localización pronto pasará a ser un misterio.

Y el olvido con el que España castiga a sus héroes hará que, más de doscientos cincuenta años más tarde, en Madrid no haya ninguna calle ni plaza que honre a este gran marino. Aunque, afortunadamente, iniciativas como la recogida de firmas promovida por la página “La guarida de Goyix” (<http://www.elguaridadegoyix.com>), tal vez algún día consigan que se le rinda el homenaje que merece.

En estos tiempos en que habla tanto de la memoria histórica, no estaría de más recordar a este “mediohombre” que tanto hizo por nuestro ingrato país.